



DE ORALIDADES, EXPRESIONES Y VACILACIONES: ¿CÓMO MATAR PASIONES?¹

Alexander Rodríguez Bustamante²

Director del Programa de Desarrollo Familiar
Fundación Universitaria Luis Amigó

“Mata pasiones” es una expresión que muy posiblemente todos hemos escuchado o dicho alguna vez, empleada para hacer referencia a algún ser, hombre o mujer, que se deja ver, sentir o escuchar en circunstancias, para nada agradables y mucho menos seductoras. Según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, en su vigésima segunda edición, el término “pasión” proviene del latín: *passio*, *-ōnis*, y este calco del griego. *πάθος*) y tiene varias acepciones o significados, la primera de las cuales está dada como: Acción de padecer. Escrita con mayúscula inicial, se refiere a la Pasión de Jesucristo. También se define como lo contrario a la acción, al estado pasivo del sujeto y a la perturbación o afecto desordenado del ánimo. Para nuestro propósito conviene acogerse al significado siguiente: “Inclinación o preferencia muy vivas de alguien a otra persona”. Una de las primeras evidencias literarias de la pasión, nos la proporciona la Biblia de Jerusalén. En el Canto primero del 1 “Cantar de los cantares”, donde el rey Salomón pone en boca de “La esposa” - *la Sulamita* - los siguientes versos apasionados:

... 2 “*¡Que me bese con los besos de su boca!*”

¹ Texto leído en el marco de la versión nro “XXVI lectura de ensayos de estudiantes, egresados y docentes” del Programa de Psicología de la Fundación Universitaria Luis Amigó realizada los días 02 y 04 de mayo de 2013 en el Auditorio Santa Rita.

² Profesional en Desarrollo Familiar, Especialista en Docencia Investigativa Universitaria, Magíster en Educación y Desarrollo Humano. Docente categoría Asistente de la Fundación Universitaria Luis Amigó, docente del curso técnicas de expresión oral del Programa de Derecho de la Funlam. Docente cátedra de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia. Contacto: alexander.rodriquezbu@amigo.edu.co , alexrobu11@hotmail.com

*Mejores son que el vino tus amores;
 3 exquisitos de aspirar tus perfumes,
 tu nombre, un ungüento que se vierte,
 por eso te aman las doncellas.
 4 Llévame en pos de ti: ¡corramos!
 El Rey me ha introducido en sus mansiones;
 Por ti exultaremos y nos alegraremos.
 Evocaremos tus amores más que el vino;
 ¡con que razón eres amado!.”*

En el Canto número 7 el coro dice:

*“¡Vuelve, vuelve Sulamita,
 Vuelve, vuelve, que te miremos!*

Luego, El esposo, enamorado y apasionado añade:

*... 2 ¡Que lindos son tus pies en las sandalias,
 Hija de príncipe!
 Las curvas de tus caderas son como collares,
 Obra de manos de un artista.
 3 Tu ombligo es un ánfora redonda,
 Donde no falta vino de mixtura.
 Tu vientre, un cúmulo de trigo,
 de lirios rodeado.
 4 Tus dos pechos, como dos crías
 mellizas de gacela.
 ...
 7 ¡Que bella eres, qué encantadora,
 Oh amor, oh delicias!
 8 Tu talle se parece a la palmera,
 Tus pechos a los racimos.
 9 Me dije: Subiré a la palmera,
 recogeré sus frutos.
 Sean tus pechos como racimos de uvas,
 El perfume de tu aliento como el de las manzanas,*

*10 tu paladar como vino generoso,
Que va derecho hacia el Amado,
Como fluye en los labios de los que dormitan.”*

Este libro, que no habla de Dios y que usa un lenguaje de amor vehemente y apasionado, ha recibido a lo largo de la historia interpretaciones muy dispares. Una de dichas interpretaciones se aferra al sentido natural del texto que asume al *Cantar de los cantares*, como una colección de cantos que celebran el amor humano entre un hombre y una mujer.

Pero precisamente por ser sentimientos humanos, el amor, el deseo y la pasión, están permeados por las miserias de la cotidianidad. Todas las manifestaciones del arte, han rendido tributo a las diferentes formas del deseo, de la pasión y del amor, que a pesar de ser conceptos diferentes, parece que están indisolublemente unidos. El gran escritor mexicano Octavio Paz, ganador del Premio Nobel en 1990 dice en su libro *La llama doble*, que: “*El fuego original, y primordial, la sexualidad, levanta la llama roja del erotismo y esta, a su vez, sostiene y alza otra llama, azul y trémula: la del amor: Erotismo y amor: la llama doble de la vida.*”

Amor, erotismo, pasión, sexualidad, deseo, sensualidad, atracción, seducción. ¡Que abundancia!, ¡que riqueza! de términos para expresar asuntos relacionados entre sí. En principio son términos que nos remiten a la vida, al placer de la sexualidad, a la procreación. Pero también nos remiten a muerte y destrucción. Eros pulsión de vida y Thánatos pulsión de muerte. Según lo planteado desde el psicoanálisis por Sigmund Freud, nuestra existencia transcurre en una constante lucha entre esas dos fuerzas. Hay una fuerza que nos empuja hacia la vida, la supervivencia, el amor, el deseo. La otra, que es una fuerza similar, nos impulsa al sufrimiento, al dolor, a autodestruirnos, se trata de la pulsión de muerte.

El ser humano, capaz de engendrar vida, también puede lograr: Matar la pasión, olvidar el amor, reprimir su erotismo, aniquilar la sexualidad. Hacer desaparecer el deseo, anular la sensualidad, evitar la atracción, desconocer el poder de la seducción.

Amor, erotismo, pasión, sexualidad, deseo, sensualidad, atracción, seducción. Hay tanta fuerza, tanta vida en estos términos y son a la vez tan efímeros y vulnerables. Las palabras los definen, les dan categorías; los principios religiosos, los códigos morales y sociales, pretenden establecer sus límites, pero solamente la pulsión vital hace que los sintamos, que los vivamos, aunque a veces, sin siquiera ser plenamente conscientes de ello. Las mismas palabras que exaltan la pasión, también pueden aniquilarla, así como las acciones del diario vivir, pueden resultar letales para el amor.

Una mujer que luce una bata de entre casa, una prenda de aquellas que comúnmente llamamos “*levantadora*”, que además arrastra un par de pantuflas medio desbaratadas, a las cuales se les sale buena parte del relleno, con rulos y ganchos en la cabeza, o con el tratamiento de aguacate en el pelo y con restos de una supuesta crema nocturna de belleza en su cara (la otra parte de la crema ha quedado untada en la almohada), con los ojos entrecerrados, que bosteza y se estira como una gata, es una “Mata pasiones”.

También lo es, la figura de un hombre que camina descalzo, sin camisa y luciendo una barriguita que se “derrama” por encima del resorte de unos pantaloncillos arrugados tipo “areneros” que habla mientras bosteza, logrado que todo lo que vocifera sea incomprensible. Quién para completar el cuadro del desencanto, se rasca con prodigalidad la barba, la rabadilla, las axilas y demás partes pudendas. Visto lo anterior, podemos afirmar que las “miserias de la cotidianidad” son algunas de las más feroces enemigas de la pasión, entendida de acuerdo a la última de las definiciones: “Inclinación o preferencia muy vivas de alguien a otra persona.”

Nos preguntamos: Si la pasión es algo tan fuerte, que en ocasiones obnubila nuestros sentidos, ¿Por qué es a la vez tan frágil y efímera que se desvanece pronto y muere? La pasión en el contexto de las relaciones interpersonales, cualquiera que sea su naturaleza, hombre - mujer, hombre - hombre, mujer - mujer, resulta ser pariente cercana del llamado “*amor eterno*” y es igualmente huidiza, efímera y circunstancial. La pasión es víctima de las más elementales faltas a las buenas costumbres, a la falta de higiene. Muere con la descortesía, con la falta de consideración, con el egoísmo, con la intolerancia. La pasión es tan frágil, que rápidamente la pueden hacer

desaparecer los malos modales en la mesa, el mal aliento, el domino absoluto sobre el control remoto de la televisión. A la pasión la puede matar un sonoro y perfumado pedo.

Claro que tendríamos que discutir ¿adónde quedan algunos de los nutrientes de la pasión? Cuando estamos enamorados o cuando deseamos vivamente a alguien, los olores, sabores y fluidos corporales hacen parte substancial del enamoramiento y del encanto. Resulta innegable que todo aquello nutre y aviva la pasión y la atracción, y que de forma más o menos temporal, da vida a una relación. Pero ese es un tema para tratar en otro momento.

Más allá de este aspecto totalmente prosaico de las *pasiones muertas*, están el peso, la trascendencia, el valor de las palabras. La pasión que se ha matado con palabras, términos o expresiones elegidas de manera inadecuada y que se han dicho bajo un sentimiento de ira o sin pensar, causan dolor y un daño irreversibles.

En su obra *Salomé*, el escritor y poeta irlandés, Oscar Wilde (1854 - 1900) nos hace partícipes del apasionado diálogo que se da durante el primer encuentro entre Juan el Bautista, prisionero en la corte del Rey Herodes y la joven princesa Salomé, hija de Herodías:

“Juan El Bautista: ¡Quién es esta mujer que me está mirando? No quiero que me mire. ¡Por qué me mira con ojos de oro bajo sus párpados dorados? No sé quién es. No quiero saberlo. Decidle que se vaya. No es ella a quien quiero hablar.

Salomé: Yo soy Salomé, hija de Herodías, princesa de Judea.

Juan el Bautista: ¡Atrás, hija de Babilonia! No te acerques al elegido del Señor. Tu madre ha colmado la tierra con el vino de sus iniquidades, y el clamor de sus pecados ha llegado hasta los oídos de Dios.

Salomé: Sigue hablando, ..., tu voz me sume en dulce embriaguez.

...

Juan El Bautista: No os acerquéis a mí, hija de Sodoma. Ocultad vuestro rostro tras un velo, cubrid de ceniza vuestra cabeza e id a buscar al Hijo del Hombre en el desierto.

Salomé: ¡Quién es el Hijo del Hombre? ¿Es tan hermoso como tú...?

... Estoy enamorada de tu cuerpo. Tu cuerpo es blanco como el lirio de un prado que nunca fue segado. Tu cuerpo es blanco como las nieves que reposan en las montañas de Judea y descienden a los valles....Nada en el mundo es tan blanco como tu cuerpo. ¡Déjame tocar tu cuerpo!

Juan El Bautista: ¡Atrás, hija de Babilonia! El mal entró en el mundo por la mujer. No me toquéis. No quiero escucharos. Sólo escucho las palabras del Señor.

Este encuentro, o mejor, este desencuentro, entre el Profeta y Salomé, termina muy mal: La caprichosa princesa, logra que Herodes, su padrastro, le conceda sobre una bandeja de plata, la cabeza de Juan El Bautista, a cambio de bailar para él la danza de los siete velos. El lujurioso Rey Herodes tiene que cumplir la promesa hecha y el capricho de Salomé se ve colmado. Ella, delirante, le reclama a la cabeza inerte por su desprecio.

Salomé: No has querido dejarme besar tu boca... pues bien, la besaré. La morderé con mis dientes, como si fuera un fruto maduro....no has querido saber nada de mí. ...me has rechazado. Me has dicho cosas infames. Me has tratado como a una cortesana, como a una prostituta, a mí, hija de Herodías, princesa de Judea! Pues bien...yo vivo aún, pero tú estás muerto y tu cabeza me pertenece. Puedo hacer con ella lo que quiera... ¿Por qué no me miraste,...? ...si me hubieses visto me habrías amado. Yo si te he visto...y te he amado...Te he amado tanto...Aún te amo. Sólo te amo a ti. Estoy sedienta de tu belleza. Estoy hambrienta de tu cuerpo. Ni el vino ni la fruta pueden calmar mi deseo. ¡Qué será de mí ahora? Ni los ríos ni los océanos podrán extinguir mi pasión.

La pasión que ha sido víctima de las palabras, difícilmente renace. Durante la vida en pareja acumulamos alegrías y dolores, ofensas y perdones,

rencores, incomprensiones. Lo grave aparece cuando acumulamos y en un momento no determinado, estallamos sin medir la trascendencia de nuestras palabras. Cuando hablamos sin antes haber pensado para elegir las palabras más adecuadas, las correctas, las menos ofensivas. El discurso verbal siempre debe pasar primero por el tamiz de la razón y en su elaboración no puede tener cabida la mala interpretación que habitualmente se hace de la sinceridad, la verdad o la autenticidad.

La oralidad es cualidad de lo oral. De todo aquello que decimos con las palabras. Entre todos los seres vivos, solamente la comunidad humana tiene codificado un sistema de comunicación verbal y escrito, propio. (Otras especies animales tienen códigos de sonidos para comunicarse entre sí, pero no tienen sistema de escritura que conozcamos). La combinación de vocales y consonantes, dan origen a las palabras y expresiones. Son la estructura de los diferentes idiomas y dialectos empleados en el mundo entero. Se calcula que en la actualidad se emplean más de 6.900 lenguas en la tierra como formas de comunicación. Esa variedad es tan amplia, como variados son los sentimientos que, mediante las palabras se pueden expresar. La palabra es un don tan grande de los seres humanos, que resulta imposible no recordar el Evangelio según San Juan en cuyo Prólogo dice:

“1 En el principio la Palabra existía y la Palabra estaba con Dios, y la palabra era Dios. 2 Ella estaba en el principio con Dios. 3 Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. 4 En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, 5 y la luz brillaba en la tinieblas, y las tinieblas no la vencieron....”

Una forma de interpretar lo anterior es que según las palabras de San Juan, primero fue el verbo **Ser**, antes que el **Ser**. Esto para subrayar que expresarse en forma adecuada por medio de las palabras requiere inteligencia, tacto, prudencia y sobre todo un conocimiento profundo de su significado. La construcción de un enunciado requiere refinamiento y asertividad en la elección de los términos a emplear. Un mal momento de ofuscación o ira, una vacilación o una duda, pueden arruinar por completo el contenido de un discurso de cualquier tipo. Cuántas veces hemos escuchado o dicho nosotros mismos frases tales como: *“Perdón, no quise decir eso”* o *“¿te ofendí? Es que estaba ofuscado, no pensé en lo que decía”*. Pero lo dijiste, lo sentiste y lo

expresaste sin pensar. Ya el daño está hecho. Resarcir el mal causado con las palabras puede tomar mucho tiempo y requiere de nobleza, amor, capacidad de perdón y olvido por parte de la persona ofendida.

Frases como: *“esto si es mucha bruta”* *“¿Usted es qué no piensa?”* *“este es mucho imbécil”* y tantas otras de peor calibre y contenido, escuchadas con frecuencia en la cotidianidad, son de una violencia tal, que resulta inconcebible que estén dirigidas a la persona que en algún momento despertó en quien las dice, una fuerte pasión.

En la literatura, el teatro y el cine, abundan las expresiones *“mata pasiones”* escritas o espetadas entre parejas de amantes que tal vez ya no lo son o quienes, luego de lo dicho y escuchado, dejarán de serlo. Pocas veces se encontrará la expresión de una pasión muerta más dolorosa que la experimentada por el ya citado Oscar Wilde en su *De Profundis*, la larga carta que escribió en la cárcel de Reading, sobre el desengaño que le produjo el desamor y desinterés con que Lord Alfred Douglas, el *“Jacinto, a quien Apolo amaba con tanta locura en los tiempos griegos, el áureo y encantador muchacho”*, como él solía llamarlo, lo ignoró durante los dos años que duró su atroz encarcelamiento, acusado de comportamiento indecente y sodomía. Fechada entre Enero y marzo de 1897, Wilde inicia la carta con las siguientes palabras:

“Querido Bosie: Después de larga e infructuosa espera, he decidido escribirte yo, tanto por ti como por mí, pues no me gustaría pensar que he pasado dos largos años de prisión sin recibir de ti ni una sola línea, ni aun noticia ni mensaje que no me dieran dolor...”

Nuestra infausta y lamentabilísima amistad ha acabado en ruina e infamia pública para mí, pero el recuerdo de nuestro antiguo afecto me acompaña...

Contigo los Poderes Invisibles han sido muy buenos. Te han permitido ver las formas extrañas y trágicas de la Vida como se ven las sombras en un cristal. La cabeza de Medusa, que petrifica a los hombres, a ti se te ha dado mirarla en espejo solamente. Tú has caminado libre entre las flores. A mí me han arrebatado el mundo hermoso del color y el movimiento.

En otro apartado de su escrito, el poeta dice:

“...Los dioses son extraños... nos llevan a la ruina son lo que en nosotros hay de bueno, de amable, de humano, de amoroso. De no haber sido por mi piedad y mi afecto hacia ti y los tuyos, yo no estaría ahora llorando en

este lugar terrible...Pero los tiempos de humillación e infamia son diferentes de los de grandeza y fama. Aún tienes que aprender que la Prosperidad, el Placer y el Éxito pueden ser de grano tosco y fibra vulgar, pero el Dolor es lo más sensible de todo lo creado. No hay nada que se mueva en todo el mundo del pensamiento o del movimiento a lo que el Dolor no vibre con pulsación terrible, aunque exquisita... (el Dolor) Es una herida que sangra cuando la toca otra mano que no sea la del Amor, y aun entonces vuelve a sangrar, aunque no sea de sufrimiento."

Las palabras pueden matar pasiones, pero también, aunque sea de forma metafórica, pueden dar vida, o al menos salvarla. En este viaje intemporal y sin rumbos preestablecidos, hablemos ahora un poco de literatura oriental.

Sherezade era la esposa número tres mil en el harén del sultán *Shariar*. Él elegía una esposa virgen diferente para pasar la noche y al día siguiente, habiendo perdido todo interés, la mandaba decapitar. *Las mil y una noches*, es el más famoso libro de las narraciones populares árabes, cuya primera recopilación, parece datar del siglo IX. En él se cuenta cómo la bella *Sherezade*, se negaba a padecer tan cruel destino y cómo ideó la forma de salvar su vida por medio de las palabras. La primera noche comienza a contarle una historia al sultán de tal modo que despierte su interés y éste le pida la narración de un nuevo cuento que ella, con sagacidad, deja para la noche siguiente. Es así como el sultán permanece entretenido por mil y una noches consecutivas, hasta que decide perdonar la vida a *Sherezade* y hacerla su reina. (¿Ya hicieron la cuenta? son dos años y 271 días) Gracias al arte de sus relatos, la odalisca no sólo logró salvarse, sino salvar la vida de cuantas mujeres habrían tenido que sucederle en el lecho del cruel sultán. "El mundo del relato siempre ha ido unido a la pregunta por el poder de la muerte, y a la necesidad de encontrar una manera de burlarla."

Dentro de esos límites establecidos por el poder absoluto de la muerte, aparece en el renacimiento europeo, concretamente en la ciudad de Florencia, Italia, uno de los más importantes escritores y humanistas de occidente: *Giovanni Boccaccio* quien vivió entre los años 1313 y 1375. Su mayor creación fue *El Decamerón*, la primera obra plenamente renacentista, que se ocupa sólo de aspectos humanos, sin hacer mención a temas religiosos o teológicos. Se trata de una colección de cien relatos ingeniosos y alegres escritos hacia 1350. *Boccaccio* centra su *Decamerón* en las afueras de la ciudad de Florencia

durante la terrible Peste Negra del año 1348, que diezmó la población europea y que causó unos estragos de dimensiones apocalípticas. “La ferocidad de la Peste Negra, constituyó una verdadera sacudida espiritual para occidente. La miseria humana en toda su plenitud, se hizo clara y patente y los esqueletos de millares de apestados insepultos presentaron a la sociedad desnuda. Esta especie de *Danza de la Muerte* unió a personas de todas clases y condiciones, igualándolas socialmente y derribando vanidades terrenales e ideales humanos. La sociedad vulnerada, quedaba propicia a ser contemplada con ojos realistas y a ser caricaturizada.”

Para huir de los estragos de la epidemia y liberarse de la melancolía y la aflicción, para salvar sus vidas con el poder de las palabras, *Boccaccio* imagina la reunión de siete mujeres y tres hombres, pertenecientes a la burguesía rica y cultivada, que se encierran en una villa en la campiña florentina y se imponen el juego de relatar cada uno de ellos diez cuentos diarios en un periodo de diez días (de ahí el título de la obra: *deca*, «diez», *hemera*, «día»). Escrita en italiano, la lengua vulgar, el autor alcanza el primor y elegancia comparables a los de la lengua latina. *Boccaccio* rompió con la tradición literaria y presentó al hombre como artífice de su destino, más que como un ser a merced de la gracia divina. La importancia de su obra en la literatura occidental es realmente trascendental, no sólo como impulsor del humanismo, sino como creador, de un modelo de prosa que está en el origen de toda novela moderna. Partiendo de un estilo impecable, *Boccaccio* se manifiesta con todo su poder en la prosa, en la que las palabras están dispuestas de acuerdo con una calculada armonía de acentos, que da la impresión de que son imprescindibles todas las voces que forman la oración, aunque sean meros adornos retóricos no necesarios para la expresión de la idea. Así el escritor crea una técnica narrativa que une elementos dispares y que procede sin duda de las grandes narraciones orientales, como *Las Mil y una noches*. Así como el *Cancionero* de *Petrarca* será para los escritores del Renacimiento el máximo modelo de poesía, el *Decamerón* se convertirá en la prosa ejemplar.

Se nos quedan tantos y tantos de los grandes por mencionar: Shakespeare y Cervantes, Petrarca, Ovidio, Borges, García Márquez, Lorca, en fin la lista resulta abrumadora. Son estos y tantos otros, los que han sabido

emplear las palabras para hacer grande el milagro de la vida, del amor y de la muerte.

Para concluir, me permitiré citar uno de los pocos fragmentos que se conservan de la poesía de la célebre *Safo de Lesbos*, en el que se aprecia claramente la forma exaltada que la artista emplea para referirnos lo que despierta en ella la mujer amada. De mi parte, es un modesto homenaje al juego maravilloso de las palabras cuya fuerza y belleza nos reconcilian con el amor, con el deseo, con la pasión.

*“Paréceme a mí que es igual a los dioses el mortal que se sienta frente a ti,
Y desde tan cerca te oye hablar dulcemente y sonreír de esa manera tan
encantadora.*

El espectáculo derrite mi corazón dentro del pecho.

Apenas te veo así un instante, me quedo sin voz.

*Se me traba la lengua. Un fuego penetrante fluye enseguida por debajo de mi
piel.*

No ven nada mis ojos y empiezan a zumbarme los oídos.

Me cae a raudales el sudor. Tiembla mi cuerpo entero...

Me daré por satisfecho, si el presente texto ha servido para que ustedes se detengan a reflexionar, aunque solo sea por un momento, sobre el valor inconmensurable y la belleza de las palabras: de lo que decimos, cómo lo decimos, a quién se lo decimos y cuando lo decimos. Sobre nosotros, los educadores, recae una gran responsabilidad con respecto a este tema de cómo preservar el buen uso del idioma. De cómo hacer para ampliar nuestro propio vocabulario y conocer en profundidad y propiedad la terminología de nuestras respectivas disciplinas. La contemporaneidad nos impone fuerzas que pretenden debilitarnos, pero en nosotros está el ayudar a preservar una parte fundamental de nuestra identidad. Tenemos la suerte de contar como propio el castellano, un idioma bello, sonoro, maravillosamente rico en palabras, expresiones y matices, que es además, el segundo idioma más hablado en todo el mundo. Cerca de 358 millones de personas compartimos esta lengua. Pero las amenazas contra su buen uso proliferan. Desde los costumbrismos, el

Parlache y demás dialectos callejeros, hasta la brutal embestida de la informática que ha amenazado incluso, con erradicar consonantes de nuestro abecedario tan importantes como la Ñ, con la cual escribimos palabras significativas como: niñez, cariño, coño y ñandú, entre muchas otras. La demencial velocidad en las comunicaciones de hoy en día, atenta contra la integridad del idioma, contra la ortografía, la gramática y la sintaxis. Por supuesto destruye la precisión en la comunicación y el sentido poético de la expresión de nuestros sentimientos. Un mensaje por medio del teléfono móvil o un correo electrónico escrito en mayúsculas y plagado de errores de ortografía, también “mata pasiones”.

Referencias:

Funke Peter – Oscar Wilde – Alianza Editorial – Madrid 1972

Garzo Gustavo Martín – “*Las enseñanzas de Sherezade*” Artículo - El País – Madrid 11 de mayo de 2008

Paz Octavio – La llama doble del amor – Seix Barral – Barcelona 1993

Ubieta José Ángel – Biblia de Jerusalén. Edición española – Editorial Desclée de Brouwer – Bilbao 1966

Wilde Oscar – Correspondencia – Siruela – Madrid – 1992

Wilde Oscar – Salome – Editorial Lumen – Madrid – 1984